



ANIVERSARIO

ISSN 0798-1171

Depósito legal pp. 197402ZU34

Esta publicación científica en formato digital
es continuidad de la revista impresa



REVISTA DE FILOSOFÍA

***PRÁCTICAS SOCIALES Y PENSAMIENTO
TRANSFORMADOR: CONSIDERACIONES
EPISTÉMICAS Y ÉTICO-POLÍTICAS
ACTUALES***

Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

Nº 101
2022 - 2
Mayo - Agosto

Revista de Filosofía

Vol. 39, N°101, 2022-2, (May-Ago) pp. 155-173
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Pueblo, poder y liderazgo: el discurso populista en tiempos de crisis

People, Power and Leadership: Populist Discourse in a Time of Crisis

Jacinto H. Calderón González

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0940-2519>
Universidad Rey Juan Carlos – Madrid – España
jacintohache@yahoo.es

Freddy Santamaría-Velasco

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3864-5237>
Universidad Pontificia Bolivariana - Medellín – Colombia
freddy.santamariave@upb.edu.co

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6743220>

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar el concepto de populismo partiendo de la noción de crisis. Se atenderá a la descripción que de dicha noción hace Thomas Kuhn en el contexto de las revoluciones científicas. Esto permitirá entender que la crisis, más allá del contexto científico, generará las condiciones para que se desarrolle el populismo; no como una simple tendencia política, sino como una práctica discursiva. Siguiendo este concepto de crisis se podrán esclarecer conceptos profundamente relacionados con el populismo, tales como pueblo, hegemonía o, incluso, líder. La metodología que se usó fue el rastreo documental a partir de la revisión de fuentes bibliográficas y el análisis del discurso. Se concluye que los gobiernos hegemónicos enfrentan una paradoja populista, a saber, los líderes necesitan concentrar las demandas del pueblo para usarlas en su beneficio, pero, a su vez, es improbable que esta única figura pueda resolver todas las demandas que la crisis genera.

Palabras clave: Populismo; Crisis; Pueblo; Discurso; Líder.

Abstract

The aim of this article is to analyze the concept of populism using the notion of crisis as a basis. The latter described along the lines of Thomas Kuhn's idea of scientific revolutions. This allows to understand the role of crisis as generating the conditions for populism to develop -not simply as a political tendency, but as a discursive practice that allows the comprehension of deeply related concepts such as people, hegemony, and the figure of the populist leader itself. The methodology used was documentary research on relevant authors and discourse analysis. It is concluded that hegemonic governments face a populist paradox: leaders need to concentrate the demands of the people to use them for their own benefit, but, at the same time, it is unlikely that the same figure could resolve all the demands that the crisis generates.

Keywords: Populism; crisis; people; discourse; leader.

Recibido 16-02-2022 – Aceptado 19-05-2022

Esta obra está bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Introducción

El fenómeno del populismo no nos está dejando, en estas últimas décadas, indiferentes. Y, en muchos casos, no sabemos bien qué es lo que significa, ni de dónde surge, ni por qué parece una práctica política aparece con cada vez más frecuencia en nuestras democracias. Por un lado, cuando nos hablan de populismo parece que queremos indicar que un determinado grupo político quiere encarnar a la totalidad de los individuos y, al tiempo, que esos individuos se ven representados en ese grupo. Por otro lado, el término populista parece, además, indicar algo peyorativo, incluso despectivo, que evoca a un líder que parece adormecer las mentes de un pueblo, creando un conflicto entre lo real y el discurso. Incluso, el populismo reviste una interesante novedad al poder manifestarse en posiciones tanto de derecha como de izquierda.

Nuestra pretensión en este artículo no es analizar de modo completo el fenómeno del populismo sino, más bien, atender al momento en el que consideramos que se hace posible. Tal momento coincide con el surgimiento de una crisis multinivel en el seno de una sociedad, la cual empieza a considerar que las formas tradicionales de lo político quedan obsoletas para resolver unas problemáticas no tanto nuevas, sino más bien históricamente acumuladas.

Por eso, vamos a prestar atención a algunos de los conceptos que consideramos fundamentales para su comprensión tales como el de crisis, discurso, significación y la relación del poder entre el pueblo y el líder. Como afirma Thompson “los componentes cognitivos (ideas, significados, actitudes, etc.) no fluyen sin rumbo por el mundo social, sino que circulan por él en forma de frases, expresiones, palabras, tanto en forma hablada como en forma escrita”¹. El continuo avance acelerado del mundo como lo ha presentado el historiador Eric Hobsbawm², ha llevado a este a generar un proceso de crecimiento acelerado de carácter irreversible. Esto permite pensar que la dinámica con la cual el hombre del siglo XXI se encuentra viviendo es realmente distinta a la del siglo pasado. El mundo contemporáneo entró en un proceso de cambios acelerados tecnológicos y de interconexiones en la comunicación, asuntos determinantes y propios del fenómeno de la globalización. Ha cambiado drásticamente nuestra visión de mundo. Sin dichos cambios paradigmáticos es imposible entender la política. De ahí que iniciamos haciéndonos la pregunta ¿Qué conduce a qué una determinada nación en un momento de su historia experimente cambios drásticos en su composición política, social o, incluso, cultural? La respuesta que se va a aventurar aquí en principio parte de la idea de que si en un determinado Estado, de base democrática, hay una cierta prosperidad de la que se pueda derivar una cierta “felicidad” para la mayor parte de la población, sería difícil suponer que

¹ THOMPSON, J. B. 1987. Language and Ideology: A Framework for Analysis. *The Sociological Review*, 35(3), 516-536. Pág. 517. <https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.1987.tb00554.x>

² Cf. HOBSBAWN, E. 1996. *Historia del Siglo XX*. 1ª, oBuenos Aires, Editorial Crítica. 612 p.

tal Estado tenga necesidad de cambiar. Pero las sociedades no son estáticas, y, toda gobernanza se haya sujeta a los vaivenes de lo que acontece tanto dentro de sus puertas como fuera de ellas.

Crisis y pueblo

Nada cambia, en principio, si no hay necesidad de cambiar. Por ello, la condición de la que parte la necesidad del cambio reside en que aparece un elemento que conduce a un horizonte nuevo que habría de generar dinámicas sociales en pos de un mejoramiento de las condiciones o, cuanto menos, una vuelta al *status quo*. Tal elemento es la crisis o grietas como diría Wittgenstein³ y que presenta magistralmente Waissman en *Mi visión de la filosofía* con estas palabras “romper la costra muerta de la tradición y la convención, romper los grilletes que nos encadenan a preconcepciones heredadas, para así alcanzar una nueva forma de ver las cosas”⁴.

Si partimos de que todo cambio viene provocado por la necesidad que tiene cualquier tipo de entidad para poder satisfacerse, cuando lo miramos dentro de una sociedad concreta observamos que la pérdida de un *status quo* moviliza, o puede llegar a movilizar a las masas en pos de un objetivo de superación de la necesidad. La crisis, en este sentido, ha de aparecer aquí como algo perturbador, en el sentido que rompe, pero a la vez como algo posibilitante de cosas nuevas que hacen progresar la sociedad. Así la crisis multinivel que asola Francia en la Década de los 80 del siglo XVIII conduce a una revolución que trae como desenlace una nueva forma de entender lo político (especialmente como práctica) y un incremento de la igualdad. De modo similar, las crisis especialmente económicas de los años 20 del siglo pasado traen como consecuencia la emergencia del fascismo y del totalitarismo. La crisis aparece como la condición del cambio y a la vez de oportunidad, oportunidad no todas las veces aprovechada.

La naturaleza de la crisis

Cuando hablamos de crisis es posible que la podamos asociar con la revolución, en la medida que la segunda se apoya en la primera en tanto que podamos entender que una revolución, de hacerse, se hace por algo. Es decir, las condiciones cambian y lo bueno ya no sirve o se vuelve particular, quedando lo malo, lo negativo, como lo general. Esto negativo será lo que provoque que en la conciencia de los sujetos que operan surja el pensamiento de que las cosas (o las formas, o los modos, o las estructuras) puedan y deban ser de otro modo. En unas pocas palabras, que las cosas no pueden continuar así. De ahí se aproveche y desgaste las máximas, por ejemplo, “el cambio es posible”, “necesitamos un cambio” o “somos el cambio que necesitas”.

³ Cf. WITTGENSTEIN, L. (1953). *Philosophical Investigations*. 1ª, New York, Macmillan.

⁴ WAISMANN, F. 1968. *How I See Philosophy*. 1ª, New York, Macmillan, p. 32.

La revolución, si evocamos su historia como concepto, no tiene un nacimiento político, antes bien es un concepto que surge en contextos científicos, más en concreto una revolución parece ser la vuelta que da un cuerpo sobre su órbita. En este sentido, el libro de Copérnico *De revolutionibus orbium coelestium*, es un texto que habla de esas vueltas que dan los cuerpos celestes. Y, con todo, ese libro supuso una revolución, en el sentido que se suele dar a ese término, a saber, un cambio drástico o radical de un estado de cosas.

Tomas Kuhn⁵, el célebre filósofo de la ciencia del siglo XX, dará unas interpretaciones de este fenómeno en clave científica, como se iría viendo a continuación. Pero antes tenemos, para empezar, que la teoría de Copérnico, su heliocentrismo, es revolucionario, pues, la implicación de que el Sol sea el centro del sistema y no la Tierra, despoja al hombre de su centro cosmológico, y, como lo vio Freud, supone el primer golpe al narcisismo humano⁶, a saber, que el hombre ya no está situado en el centro del cosmos.

Sin embargo, la revolución como cambio drástico, encabezada por Copérnico, no había llegado espontáneamente. Antes bien, la ciencia se hallaba en un estado de crisis, en la medida que los paradigmas científicos estaban quedando obsoletos y, *grosso modo*, contradecían criterios que la experiencia o la observación ponían sobre el tapete. Precisamente, para Kuhn⁷ la crisis es la condición previa para que se dé una revolución y, con ella, avance científico⁸. De este modo, se pregunta si “la crisis es una condición necesaria para el surgimiento de teorías nuevas”⁹. La respuesta parece ser que sí, pero Kuhn percibe que la crisis no es sólo que el paradigma científico esté dando problemas, pues de hecho, que eso sea así no lleva a que la comunidad científica lo rechace, del mismo modo que un sistema político, por caduco que esté, no conlleva a un abandono general del mismo, siempre habrá quien lo defienda (suponiendo, claro, los intereses que tenga cada grupo en mantener tal sistema). Por ello, Kuhn no se detiene en si un paradigma funciona, más bien observa que cuando se presenta una crisis “la decisión de rechazar un paradigma conlleva simultáneamente la decisión de aceptar otro, y el juicio que lleva a tal decisión entraña la comparación de ambos paradigmas con la naturaleza y entre sí”¹⁰.

⁵ Cf. KUHN, T. 2013. *La estructura de las revoluciones científicas*. 4^a. Edición, México, Fondo de cultura económica. 404 p.

⁶ Cf. FREUD, S. 1974. *Una dificultad del psicoanálisis*. Obras completas. Tomo VII. 1^a. Ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 3680 p.

⁷ Cf. KUHN, T. 2013. *La estructura de las revoluciones científicas*. 4^a. Edición, México, Fondo de cultura económica. 404 p.

⁸ Con todo, no se quiere decir que la revolución traiga consigo novedad o avance, sea este científico o social, sino sencillamente, cambio o pretensión de cambio.

⁹ KUHN, T. 2013. *La estructura de las revoluciones científicas*. Op. Cit. P. 209.

¹⁰ *Ibid.*, p. 210

Para que haya una crisis, debe haber algo previo a la crisis (en este caso, un paradigma o, una nueva forma de entender lo político, en el otro) que es lo que hace que la crisis sea crisis. Por este motivo, quizá, el origen de la crisis es más bien teórico, es decir, las cosas no van mal porque estén yendo mal (aunque desde luego puede ser así), sino que van mal porque hay otra forma de ver la realidad. Hay una nueva visión como advierte Waissman. Así las cosas, la existencia simultánea de paradigmas contrarios es el momento de la crisis. Las revoluciones científicas, entonces, para Kuhn serían “aquellos episodios de desarrollo no acumulativo en los que un paradigma antiguo se ve sustituido en todo o en parte por otro nuevo incompatible con él”¹¹. Es decir, una revolución es un cambio de paradigma.

Kuhn, aquí no se limita a la ciencia: “tanto en el desarrollo político como en el científico la sensación de que las cosas funcionan mal, que pueden conducir a una crisis, es el requisito previo de una revolución”¹². Surge, entonces, lo que se denomina una “creciente sensación”, de que las formas de abordar los problemas no son las más pertinentes. Por ello tenemos:

1. La crisis no es completamente un estado de cosas que estén funcionando mal, es la sospecha o creciente sensación de que se pueden resolver las cosas de otro modo.
2. Para que haya una crisis debe haber un cambio en los actores en juego, en principio, al menos por una comunidad, no especialmente grande, pero sí muy dedicada, que “adoptan una actitud distinta hacia los paradigmas existentes y la naturaleza de su investigación cambia de modo correspondiente”¹³.
3. La crisis es la coexistencia de dos paradigmas (quizá más) que proponen métodos distintos. De hecho, si no hay otro paradigma en el tablero, no hay crisis. En efecto, si no hay una alternativa, el sistema no entra en crisis. De este modo, un sistema político, como el absolutismo, puede mantenerse, aún yendo las cosas objetivamente mal, mientras no haya otro sistema político, en el terreno teórico, que se le oponga.
4. La crisis es requisito para la revolución, esto es, para un cambio brusco o radical o, en términos de Kuhn, para que haya un cambio de paradigma. En el caso del giro copernicano, aunque supone un acotamiento a lo científico, su repercusión tiene un alcance político y religioso más que relevante.

Revolución científica y revolución política

En el apartado anterior se creó un paralelismo entre la revolución científica y la revolución política que sólo tiene sentido en este trabajo si se puede aplicar debidamente a lo político. El punto principal es, como se ve, que para que exista una crisis no es necesario

¹¹ *Ibid.*, p. 230.

¹² *Ibid.*, p. 231.

¹³ *Ibid.*, p. 229.

que la situación tenga que ir especialmente mal, sino que hace falta una creciente sensación de que las cosas (los problemas) que provocan una situación determinada pueden resolverse de otro modo. Por ello, cuando hablamos de crisis es porque hay una conciencia que crece sobre el modo de conducirse lo político. Es fundamental, entonces, que esa sensación se tome en su justa medida. Es decir, si un pueblo no tiene conciencia de que exista algo así como un método mejor de hacer las cosas, sencillamente no habría crisis. Y tal elemento no es extraño. Muchos países, tanto los desarrollados como los subdesarrollados o llamados eufemísticamente “en vía de desarrollo”, tienen problemas de todo tipo: delincuencia, pobreza, corrupción, apatía política, desconfianza en sus gobernantes, desafección hacia las formas de gobierno, entre otros. Sin embargo, dado que no tienen un nuevo paradigma sobre cómo gestionar lo político, todos esos problemas no son percibidos como algo crítico, sino como lo normal que sucede en el mundo político.

En este sentido, el célebre cuento de Monterosso, nos ofrece una imagen interesante: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía seguía allí”. Esto es, cuando despertó (el pueblo), el dinosaurio (la pobreza, la falta de oportunidades sociales, por ejemplo) todavía seguían allí. Lo cual se traduce en que lo malo puede ser considerado como lo normal: se acepta como normal la corrupción, el desempleo, la delincuencia. Y, en tanto que normal, no se concibe como una crisis. De hecho, los índices de pobreza, corrupción, asesinatos, etcétera, por malos que sean para un determinado país, no generan inquietud ni ganas de cambio: lo malo se sigue percibiendo como lo normal.

Ahora bien, más que hablar de la “política”, podríamos hablar de “prácticas políticas”. Es decir, aquellas acciones que involucran el poder como fuerza o como resistencia. Es posible, no obstante, que ciertos problemas sociales generen picos de movilización ciudadana, como por ejemplo los movimientos estudiantiles en todo el mundo. Pero dado que no se propone un discurso que pueda vencer al discurso hegemónico, no se genera un paradigma que desemboqué en una crisis. Parece, pues, que está claro, que la crisis tiene que ver con pulsiones teóricas y la posibilidad de oponer una cosa a otra.

Por supuesto, se puede decir que en todo momento hay crisis, pues paradigmas políticos de distinta índole intervienen reiteradamente en la vida política. Ciertamente, pero si ninguno de ellos es capaz de presentarse como alternativa real de cambio, incluso cuando gana una determinada oposición, todo permanece. Así, cuando hablamos de revolución como cambio drástico o brusco, se puede denominar también cambio estructural, en el sentido que se quita una estructura omniabarcante, para crear otra. Por ello, un cambio de signo político en un determinado Estado, es perfectamente ineficaz de generar nuevas expectativas, dado que se sigue moviendo en el mismo plano estructural.

Se pone de manifiesto, además, que no solo importan los datos concretos, sino especialmente los discursos que se generan desde arriba y que funcionan como ideologías

que someten al pueblo a su condición de espectadores de lo normal. Atender entonces al discurso y a su efecto, entonces, tiene que ver con la idea de hegemonía que va de Gramsci a Laclau, y que, como luego detallaremos, tiene que ver con la lucha que otorga significado a las palabras.

Ya que en una batalla se deben organizar las propias tropas para crear una defensa, se debe tener en cuenta que no todas las guerras son iguales o tienen las mismas estructuras puesto que varían de acuerdo con el oponente, al campo y a la superioridad o minoría del enemigo. Por eso, así mismo como en la guerra, en la esfera política las estrategias van perfeccionándose, desde el asedio, el ataque, las trincheras y la defensa. La sociedad civil por lo tanto se va organizando en el tiempo y en el espacio para resistir a las crisis que se van presentando

la misma reducción debe suceder en el arte y en la ciencia política, al menos por lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la sociedad civil se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera)¹⁴

Así pues, para Zizek la hegemonía es “una lucha por la apropiación de aquellos conceptos que son vividos “espontáneamente” como “apolíticos”, porque trascienden los confines de la política”¹⁵. Para Laclau la “operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía”¹⁶. Y para Gramsci la hegemonía se presenta como una paradoja ya que si se buscan grandes planes de hegemonía, estos mismos han sido ya, objeto de hegemonías extranjeras “mientras se hacen planes imperialistas, en realidad se es objeto de otros imperialismos etcétera.”¹⁷ Aunque se trate de salir una ideología, rápidamente estamos atrapados por las tenazas invisibles de otra que se impone.

Por consiguiente, no se trata de preguntar cómo percibe un pueblo una crisis, sino más bien si realmente llega a percibirla. En cierto sentido, la crisis es más lo que nos dicen que lo que notamos, hasta que se empieza a notar. Ahora bien, si es lo que nos dicen y lo tomamos como válido, es en ese momento en el que el paradigma nuevo cobra forma y es posible atender a la nueva configuración hegemónica. El pueblo, lógicamente, percibe la crisis o deja de hacerlo en la forma en que se la presentan. La crisis, así las cosas, será más determinante en la medida en que la mayor cantidad de gente pueda notar la lucha hegemónica y optar por ella o, incluso, participar en su construcción.

¹⁴ GRAMSCI, A. 1999. *Cuadernos de la cárcel* Tomo 5. 1^a. Puebla, Ediciones Era. P.62.

¹⁵ ZIZËK, S. 2008. *En defensa de la intolerancia*. 1^a Ed, Madrid, Sequitur, p. 15.

¹⁶ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. 1^a Ed. 10^a Re., Madrid, Fondo de cultura económica, 312 p. pág. 95.

¹⁷ GRAMSCI, A. 2000. *Cuadernos de la cárcel* Tomo 6. 1^a. Puebla, Ediciones Era. P. 155.

El pueblo, entonces, no percibe la crisis como tal, distingue la pobreza o la delincuencia, pero la crisis, entendida aquí como una lucha por la hegemonía en tanto que se lucha, aparece en un primer momento tras un velo, sin manifestación. En realidad, cuando de la crisis se pasa a la revolución, puede darse la circunstancia que el pueblo en la barricada lucha, es cierto, pero de ahí a que sepa exactamente por qué se lucha, es otra cuestión. Era natural que Hegel recordase en la construcción de su Estado aquellos versos de Goethe, en los que la masa popular no destaca por su razonabilidad, más bien por un carácter impetuoso e irreflexivo: “*Was ich mir gefallen lasse?/Zuschaglen muss die Masse/Dann ist sie respektabel/ Urteilen geling ihr miserabel*”¹⁸. La revolución científica y la revolución política coinciden también en que estas se hacen posible bajo un espectro discursivo que, en su germen, compete a pocos, sea una comunidad científica o un grupo político (de corte clandestino, por ejemplo). Que lo esencial quede reflejado en pocos se refleja de igual manera en los dos tipos de revolución.

Si bien el ejemplo puede parecer simplista, lo cierto es que cualquier ciudadano es consciente de que hoy día la ciencia tiene mucho que ver con la teoría de la relatividad, la física cuántica o las vacunas contra el COVID-19, aunque no comprenda bien qué es eso de la teoría de la relatividad, la física cuántica ni mucho menos cómo se llega a la aceptación de una vacuna o qué hace ella para defender nuestro cuerpo¹⁹. De igual modo, cualquier ciudadano, en un Estado democrático, sabe que vive en una democracia, digamos que sabe qué es una democracia de corte liberal, sin embargo, quizá tampoco comprenda bien qué es eso de una democracia liberal ni a qué tipo de libertad refiere. El momento de la revolución es similar: se hace la revolución, pero tampoco se tiene por qué tener claro qué es lo que se está haciendo exactamente.

Así las cosas, hay una diferencia esencial entre hacer un discurso, conocerlo y creérselo. El discurso, como afirma Fairclough y Wodak es socialmente *constitutivo*:

Constituye situaciones, objetos de conocimiento, identidades sociales y relaciones entre personas y grupos de personas. Es constitutivo tanto en el sentido de que ayuda a mantener y a reproducir el *statu quo* social, como en el sentido de que contribuye a transformarlo.²⁰

¹⁸ HEGEL, G.W.F. 1993. Fundamentos de la filosofía del derecho. 1ª. Ed. Madrid, Libertarias/Prodhufo. § 317
¹⁹ Este desconocimiento o ignorancia de cómo funciona la ciencia se convierte en caldo de cultivo para teorías conspirativas, movimientos terraplanistas y movimientos antivacunas. Es más, estos últimos, los movimientos antivacunas han logrado movilizarse en diversas ciudades, con cientos de personas y con una fuerte presencia mediática.

²⁰ FAIRCLOUGH y WODAK (1997), p. 258.

El pueblo, por ello, es más una masa de creyentes que una multitud diferenciada de sujetos racionales. Hay una oposición entre saber y creer²¹. La crisis, tanto si la hay como si no la hay, es fruto de un discurso. El pueblo, por ello, tiene más que ver con los sujetos que ven sombras en la *Caverna* de Platón que con aquellos que se atreven a salir de ella.

El pueblo y su construcción

En términos de Bobbio:

El problema de la justificación del poder nace de la pregunta: ¿Admitiendo que el poder político sea el poder que dispone del uso exclusivo de la fuerza en un determinado grupo social, es suficiente la fuerza para hacerlo aceptar por aquellas personas sobre las cuales se ejerce, para persuadir a sus destinatarios a obedecerlo?²²

Por eso falta la persuasión que se hace a través de la fuerza del discurso. El discurso político no tiene sentido fuera de la acción misma. El discurso es acción, esto es, si entendemos el lenguaje como acción, debemos ver lo político y la esencia política como el lugar donde sujetos de habla actúan²³. De ahí, que no podemos hablar de ideologías privadas o que se viven de manera personal y única. De ninguna manera, las ideologías son principalmente un sistema de creencias compartidas por los miembros de un grupo social que son adquiridas gradualmente y con el tiempo se van constituyendo, relativamente, como algo estable (Van Dijk, 2006). Para hacer explícitas estas reglas de comportamiento es necesario el uso del discurso, por ejemplo, de la propaganda.

La posibilidad de la revolución, como se acaba de indicar, depende de una crisis previa. Crisis que, además, obedece, por un lado a un elemento antagónico respecto de una hegemonía vigente y, por otro, a una construcción discursiva acometida en la que el pueblo no participa. De ahí que Patrick Charudeau advierta:

El discurso populista sólo puede ser visto como una transformación del contrato político, como una estrategia de manipulación, en la medida en que maneja las mismas categorías que el discurso político, pero en exceso, un exceso que juega sobre la emoción en detrimento de la razón política, emoción capaz de engañar al pueblo sin que éste sospeche²⁴

²¹ Cf. TOMASELLO, M. 2013. *Los orígenes de la comunicación humana*. 1ª, Madrid, Katz. 275 p. / TOMASELLO, M. 2019. *Una historia natural del pensamiento humano*. 1ª, Bogotá, Universidad de los Andes y Pontificia Universidad Católica de Chile. 264 p.

²² BOBBIO, N. 1996. *Estado, gobierno y sociedad*. 4ª Ed. México D.F., Fondo de Cultura Económica. P. 117.

²³ Cf. SANTAMARIA, F. y RUIZ- MARTÍNEZ, S. 2021. *Lenguaje y acción: creencias, instituciones y política*. *Analecta Política*, 11(20), 86-108.

²⁴ CHARAUDEAU, P. 2009. *Reflexiones para el análisis del discurso populista*. *Discurso & Sociedad*, 3(2), 253-279. P. 264.

Nuestro tiempo, a su vez, asiste a un campo antagónico que tiene como oponentes a la democracia liberal y a un populismo que se auto configura paulatinamente, en la medida de su novedad. Entre ambos median la conciencia de la crisis y la desafección del pueblo hacia la democracia misma. De ahí que podamos indicar que lo que está en crisis no es ya el gobierno de turno, sino la estructura misma del gobierno. Tal populismo, al menos según muestran los acontecimientos actuales, tiene más que ver con esa autoconfiguración que se viene dando que con una serie de caracteres que lo definan *prima facie*. Su definición se complica porque no es lo mismo captar “lo que ha sido” que “lo que está siendo”. Con todo, el populismo, parece ser una nueva construcción estructural, discursiva y antagónica que emerge en el contexto de formación de una crisis y que arremete contra la forma del poder vigente. Por ejemplo, Todorov describe que el populista recurre al miedo frente a sus oyentes, “su público habitual forma parte no de la clase más pobre, sino de la que teme acercarse a ella y unirse al grupo de los rechazados, los excluidos y los vencidos”²⁵ Este identifica a un responsable(s) de esta crisis para después presentar la solución que propone que se fundamenta desde el orden y la protección del espacio y de los ideales nacionales. Por eso un rasgo del populismo es la demagogia, es decir, identificar las preocupaciones de muchos ciudadanos para proponer soluciones fáciles de entender, pero casi imposibles de aplicar. Sus promesas no se pueden cumplir.

Sin embargo, el tema no es del todo nuevo y ha sido descrito. A continuación, se desarrolla el proceso de formación de pueblo a partir del libro de Ernesto Laclau “*La razón populista*”, obra que, por cierto, ha sabido canalizar el debate de lo político en estas últimas décadas.

El pueblo y su expresión

Definir qué es un pueblo no es algo sencillo. Una definición válida podría ser: un conjunto de individuos que comparte generalmente un espacio, un pasado y una tradición comunes; no obstante, se queda corta. También, atendiendo a la manifestación del pueblo y sus gentes, el estudio pasaría del pueblo al fenómeno de las masas, elemento fundamental, de hecho, para el populismo, pero del que ahora debemos prescindir.

Parece más interesante atender a la idea de formación del pueblo, labor, precisamente de Laclau, pues en el proceso mismo se puede lograr articular una posible definición. Para Laclau “el pueblo puede ser concebido como *populus* – el cuerpo de todos los ciudadanos – , o como *plebs* – los menos privilegiados”²⁶. De tales etimologías romanas tenemos que la primera, *populus*, es el sentido originario de pueblo y ciudadano romano, evocado siempre en el águila de la legión: SPQR (*Senatus Populusque Romanus*). El término *plebs* será aquel

²⁵ TODOROV, T. 2012. *Los enemigos íntimos de la democracia*. 1ª, Barcelona, Galaxia Gutenberg. P. 151.

²⁶ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. 1ª Ed. 10ª Re., Madrid, Fondo de cultura económica, p. 108.

del que se deriva nuestro castellano “plebeyo” y que significa, entre otras cosas y precisamente, no ser del *populus*. La sociedad romana estuvo organizada en dos frentes unidos, pero no revueltos. El primero, que detentaba el poder era el mismo *populus*, bajo la forma del patricio (que deriva de *patres*) y que tenían a orgullo ser los herederos de los fundadores de Roma. El segundo, *plebs*, no tiene un claro origen, aunque se presume que son *plebs* y no *populus*, porque se incorporaron a Roma más tarde y no alcanzaron el estatuto de patricio²⁷. Con ello, la *plebs*, fue la que tuvo que luchar para alcanzar derechos civiles.

Pues bien, para Laclau “a fin de concebir al “pueblo” del populismo necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo – es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad”²⁸. No se trata de que haya una identificación, como vemos, de la *plebs* en el *populus*, en el sentido de que se reúnen y comparten destino, sino una sustitución del *populus* por la *plebs*. Con ello, para Laclau, la intención es evidente: convertir al pueblo en un *populus*. Queda claro el qué, pero no el cómo.

De hecho, para Stanley “Cuando la educación, los conocimientos especializados o las distinciones lingüísticas se menosprecian, lo único que queda es el poder y la identidad tribal”²⁹. Esto es, cuando se busca debilitar el debate público al atacar la educación y el conocimiento es imposible construir un *populus*.

El pueblo y su demanda

Hemos de tener en cuenta que esta construcción es posible merced a lo que hemos denominado crisis. Se puede hablar de crisis porque esta ya está en el aire, en las prácticas sociales; las evidencias y los discursos hablan de ella. Por este motivo, la crisis ahora puede diversificarse: crisis de las instituciones, crisis económica, crisis política, crisis educativa, o crisis de crisis, si se prefiere. El momento de la crisis sitúa a los ciudadanos en un marco especial en el que se atreven a demandar elementos que consideran necesarios para poder alcanzar sus metas personales o particulares.

Precisamente, para Laclau “la unidad más pequeña por la cual comenzaremos corresponde a la categoría “demanda social””³⁰. La palabra deriva de *command*, y admite que tiene un significado ambiguo, es decir, que significa más de lo que parece. Por ello, para

²⁷ Cfr., por ejemplo, *Historia de Roma*, de Kovaliov (2007), *SPQR. Una historia de la antigua Roma*, de Mary Beard (2016), o la muy conocida de Montanelli (2016), *Historia de Roma*.

²⁸ *Ibidem*

²⁹ STANLEY (2019), p. 43.

³⁰ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. 1ª Ed. 10ª Re., Madrid, Fondo de cultura económica, p. 98.

Laclau puede ser tanto un reclamo como una explicación³¹. Siendo la unidad más pequeña, cualquier sujeto está en condiciones de tener algo que demandar (de hecho, si los sujetos no tuviesen demandas, habríamos de suponer que no hay tal momento de crisis, así como podríamos hablar de cierto conformismo) y se cree con derecho a ello. Y aquí el sujeto puede ser tanto individual, como colectivo, y las demandas, sin perder su particularidad, pueden ser tanto individuales como colectivas, aunque estas últimas parecen ser más atendidas porque requieren movilización previa, es decir, cierto orden y organización. Por su parte, para Bobbio³² la sociedad es producto de la voluntad de los individuos que se encuentran en grupos. Así, el pueblo está dividido en grupos contrapuestos y en competencia, lo cual implica una distancia con una democracia ideal ya que esta es la democracia real, una sociedad pluralista con múltiples demandas.

Pero son particulares. Esto se traduce en que no pueden universalizarse porque podrían perder su sentido. Si un grupo de trabajadores del metal de una determinada siderurgia demanda unos guantes más resistentes, este requerimiento no podría universalizarse pues no todos los trabajadores, incluso aunque se dediquen a lo mismo, pero en otra fábrica, tienen esa necesidad, pues puede darse el caso de que ya tengan los susodichos elementos protectores. Otro grupo puede demandar una carretera, alumbrado público o carriles de bicicletas, pero siguen siendo particulares, pues otro grupo con otros requerimientos puede demandar otras cosas, sea porque ya tienen tal pedido o porque no les parezca prioritario.

Laclau observa que “si la demanda es satisfecha, allí termina el problema; pero si no lo es, la gente puede comenzar a percibir que los vecinos tienen otras demandas igualmente insatisfechas”³³. Si se pone el acento en el hecho de comenzar a percibir la cuestión se pone interesante. En efecto, si la suerte de todos es pareja, se percibe que no se es el único en tener demandas y que no se las resuelven. Aparece la conciencia de no ser el único, sino de tener algo en común (la demanda no resuelta) con otros.

Además, Laclau toma en cuenta esto y, por tanto, cuantas más demandas sin resolver aparezcan más problema tendrán las instituciones o el gobierno para resolverlas. Aquí se muestra la incapacidad de los agentes del poder, por un lado. Por el otro, nos encontramos que lo diferencial (la demanda particular) establece relación con otras demandas. La relación de las demandas es la equivalencia de las mismas, esto es, se trata de un paso de un particular a un universal abstracto, pero que refleja el deseo del cambio, del mismo modo que refleja la incapacidad del poder establecido. Ahora bien, Bobbio³⁴ considera que no hay ningún sistema, por eficiente que sea, que pueda resolver todos los requerimientos de un

³¹ Ibidem

³² Cf. BOBBIO, N. 2014. *El futuro de la democracia*. 3^a Ed. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

³³ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. Op. Cit. P. 98.

³⁴ Cf. BOBBIO, N. 2014. *El futuro de la democracia*. Op. Cit.

Estado liberal “En la democracia la demanda es fácil y la respuesta difícil”³⁵. Es muy difícil que un gobierno pueda responder de forma ágil todas las solicitudes de una sociedad libre.

Así las cosas, “tenemos dos claras precondiciones del populismo: (1) la formación de una frontera interna antagónica separando “pueblo” del poder; (2) una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del pueblo”³⁶. Notemos que en este surgimiento del pueblo surge un reconocimiento de sí claramente por oposición, en el sentido de que se detecta quién tiene el poder y quién no. La oposición, si tenemos en cuenta que no nos hemos movido de sociedades democráticas crea, como mínimo, una suerte de enfrentamiento directo al preguntarse el pueblo algo del estilo: “por qué ellos y no nosotros”, o bien, “quiénes son ellos para aglutinar el poder a expensas nuestras”.

Hay populismo cada vez que el orden social es vivido como esencialmente injusto y que se apela a la construcción de un nuevo sujeto de la acción colectiva -*el pueblo*- capaz de reconfigurar ese orden en sus fundamentos mismos. Sin construcción y totalización de una nueva voluntad colectiva global, no hay populismo. Laclau presupone así que todas las reivindicaciones y conflictos que atraviesan a la sociedad pueden ordenarse según el eje de la oposición entre quienes ostentan el poder político, económico, social o cultural, que formarían un bloque (los dominantes, en el lenguaje de Pierre Bourdieu), y el resto de la sociedad (el pueblo).³⁷

El problema está, para el gobierno, en la demanda no satisfecha que se acumula, por lo que, por ese proceso de acumulación “ya no pueden responderse de modo diferencial y se alza un abismo que separa el sistema institucional y la población”³⁸. Para Villacañas, si además esto coincide con una crisis económica de las que acostumbra a tener el capitalismo, surge lo que denomina “crisis orgánica”. Esta crisis es, posiblemente, *la crisis de crisis* de nuestro tiempo y es la que está posibilitando que sea especialmente ahora y no antes que el populismo tenga un lugar propio en las dinámicas políticas. Tal crisis orgánica confirma lo que ya habíamos adelantado sobre la crisis, a saber, que ésta surge en el momento en el que a su vez surge un nuevo paradigma que pretende arrebatar la hegemonía del anterior. Lo que parece quedar obsoleto es la democracia liberal capitalista y lo nuevo, que en principio debe ser más eficiente y resolver mayor número de problemas, es el populismo. Como tal, queda fijado el momento antagónico y con ella la inauguración del movimiento populista y que consiste, *prima facie*, en darse su propia configuración.

La posibilidad de que la *plebs* sea *populus*, remite a la imposibilidad del poder para resolver cualquier demanda. Y, además, en la medida en que se configura el pueblo, la imposibilidad del gobierno se acentúa porque ya no tiene demandas particulares que

³⁵ Ibid., p. 44.

³⁶ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. Op. Cit. P. 99.

³⁷ ROSANVALLON, P. 2020. *El siglo del populismo*. 1ª, Barcelona, Manantial, pp. 34-35.

³⁸ VILLACAÑAS, J. L. 2017. *Populismo*. 2ª Ed. Madrid. La Huerta Grande, p. 57.

resolver sino la Demanda, o demanda de demandas, que es la misma cadena equivalencial que ya había encontrado Laclau.

La falta de sujeto y la construcción del mismo

El pueblo ahora tiene para sí algo muy importante, que es el saberse en un nosotros que se reconoce a sí mismo en su carencia. Como la demanda es insatisfecha, el nosotros que emerge es la comunidad de insatisfechos que tiene dos elementos constitutivos, por un lado, su propia insatisfacción y, por otro, la localización de un culpable para esa insatisfacción. Ambos elementos, es fácil percibir, tienen como base común la esencia misma del afecto. El pueblo, por tanto, es una comunidad de afecto, que tiene una positividad que genera la inclusión de otros en el nosotros (momento del amor) y una negatividad que es la exclusión de aquel a quien no se puede incluir (momento del odio). Amor y odio, pues. El pueblo es una pasión. La lógica de Laclau, en este momento, es bastante certera. Si la insatisfacción de la demanda es lo que genera el afecto, su satisfacción tendría el efecto contrario. La cadena equivalencial es la cadena del afecto, pero corre el riesgo de romperse si sus eslabones van recomponiéndose.

Sin embargo, hay otro elemento que aquí es fundamental. De la misma forma que el pueblo se vincula a su propia cadena equivalencial, se vincula al antagonismo contra el poder. Si el que detenta el poder es el “antagonista”, las demandas o reclamos dejan de tener sentido. De la misma forma que al enemigo no se le da agua, tampoco se le pide. Pues, en efecto, Laclau no evita el sentido direccional de la demanda, que no es otra cosa que ésta va dirigida contra alguien, en concreto con el que puede satisfacerla. Pero si el que puede satisfacer la demanda es el “antagonista”, ¿cómo pedirle que haga algo por resolver la situación? Laclau opta por esta explicación:

una demanda siempre está dirigida a alguien. Por lo cual nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquí comenzamos a comprender por qué la *plebs* se percibe a sí misma como el *populus*, la parte como el todo³⁹.

Se desprende la idea, no hay otra forma de verlo, de que el pueblo constituido en su cadena equivalencial debe tener poder para, en todo caso, reclamarse a sí mismo su propia satisfacción. Lo que está en juego, por tanto, es el poder mismo. Ahora bien, el pueblo, incluso constituido de esta manera es una forma nueva en la que se manifiesta el poder, pero sólo en estado bruto ¿Cómo resolver este problema?

El pueblo, el poder y la paradoja del líder

³⁹ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. 1ª Ed. 10ª Re., Madrid, Fondo de cultura económica, p. 113.

El líder, con vocación mesiánica, es capaz para convencer al pueblo, pues el uso del lenguaje es el que permite establecer relaciones de poder finalmente. No es un asunto retórico, quien tenga dominio de la palabra podrá dominar sus acciones y por qué no a un pueblo. El líder inicialmente debe:

- a) describir la situación social de manera catastrófica, de tal manera que se muestra al pueblo siempre como una víctima por salvar.
- b) por lo mismo va a denunciar a los culpables con nombre propio, la clase política, élites, instituciones o burocracia.
- c) exaltando ciertos valores perdidos, de ahí, que siendo un orador carismático debe mostrarse como un visionario que se endilga como aquel que rompe con el pasado y que va a salvar a la sociedad.⁴⁰

Ahora bien, a pesar de estos claros elementos que caracterizan al líder, sin embargo y por el momento, las razones por el surgimiento de dichos líderes y su seguimiento permanecen abstracta. En primer lugar, porque la cadena equivalencial se convierte en una totalidad que reúne lo particular, pero sin retenerlo. La demanda particular deja de tener sentido y se convierte en algo difuso dentro de la totalidad. A su vez, se comienza a vislumbrar que la totalidad no puede dar cuenta de lo particular si quiere mantenerse en la su generalidad: es el todo contra las partes.

En segundo lugar, si el poder en cuanto tal es el enemigo, se presenta una situación de abstracción pura que deriva hacia otra abstracción, pero de elementos concretos. No tiene sentido considerar al poder como enemigo, porque éste no es, en sí, algo concreto. El poder, si se quiere, es una materia sutil e invisible, sólo detectable en sus manifestaciones que se logran cuando algo o alguien pueden detentarlo. De este modo, el poder se refleja en el gobierno, *prima facie*, pero inmediatamente después se refleja en las instituciones y, como estas no solo son las más visibles, se acaba reflejando en toda la estructura de las relaciones humanas. Es fácil observar que hoy día la lucha contra el poder no es sólo contra el gobierno, es también contra las empresas, el patriarcado, las tradiciones, la familia tradicional, la educación, la religión. “Este enemigo puede ser calificado de “casta”, “oligarquía”, “élite” o de “sistema” en general. Su existencia traza una “frontera interior que divide lo social en dos campos separados y antagónicos”⁴¹. En suma, el enemigo está en todas partes y en todo tipo de relación, puede ser cualquiera. Y, con todo, no deja de ser abstracto. Concretas son las personas y, por ello, el enemigo visible es el empresario, el machista, el torero, el *pater familias*, el sacerdote, el político de turno.

⁴⁰ CHARAUDEAU, P. 2009. *Reflexiones para el análisis del discurso populista*. *Discurso & Sociedad*, 3(2), p. 264.

⁴¹ ROSANVALLON, P. 2020. *El siglo del populismo*. 1ª, Barcelona, Manantial, p. 35.

Para Laclau esto último conduce a la necesidad de la construcción del pueblo, para salir de ese elemento de abstracción. Respecto del enemigo nos dice: “la identidad del enemigo depende cada vez más de un proceso de construcción política”⁴². Inmediatamente añade: “una lucha popular implica la equivalencia entre todas esas luchas parciales, y en ese caso el enemigo global a ser identificado pasa a ser mucho menos evidente”⁴³. Ahora bien, aunque da la impresión de que la concreción es el paso siguiente, tanto en el nivel de las demandas como en el del enemigo, no va a ser así. La concreción supone de alguna manera particularización y, a su vez, la particularización rompe la totalidad. La solución, entonces, no va por ahí, sino que, si se quiere seguir con la construcción del pueblo, la única vía habrá de consistir en que el pueblo se mueva, no solo en el sentido de que se movilice sino en el que debe permanecer en movimiento.

La cadena equivalencial es un significado vacío, en el sentido de que, si tuviese algo que no fuese ese vacío, sería particular. Sin embargo, está vacía, pero no está vacía: esta cadena oscila entre algo y nada, sin que por ello se manifieste como un imposible. Lo que contiene sí debe contener la cadena es el afecto. Por otro lado, el enemigo también tiene un sentido algo vacío, pero en otro sentido, es un significado flotante y por ello también móvil. Vacío en un primer sentido, porque si el enemigo es perfectamente identificable la movilización no tendría juego de representaciones: el enemigo es esto y sólo esto, por lo que eliminándolo se “gana” la batalla, pero el pueblo pierde su vínculo. Y es flotante, porque merced a ese momento etéreo, se puede considerar enemigo a lo que en cada momento sea menester, lo que conduce a que el movimiento siga fluyendo. Estos significados flotantes se dan en el discurso al usar una palabra que agrupa múltiples descripciones, que de acuerdo con el contexto de cada persona tendrá un significado⁴⁴. El hablante, en este caso el populista, que emitió tal término, guiará a sus oyentes para explicar cómo debe ser comprendido, esto es, qué significado debe tener. Por ejemplo: el uso de la palabra “paz”, “seguridad democrática”, “inmigración”, “castrochavismo”, “igualdad”, “opresor”, etc.

Por eso, no todo puede permanecer en el aire o en abstracto. Si la dinámica del pueblo en su construcción está guiada por el afecto, este tiene que concretarse en algo. En principio, el afecto y solo el afecto es lo que puede ser concretado. Pero aquello en lo que se concrete no puede ser un particular sin más, sino que debe ser algo que represente la totalidad y tenga misma característica de vaciedad, para que sea todo y nada al mismo tiempo.

Laclau encuentra esta representación en el nombre. “Según Zizêk, el punto nodal (*point de capiton*) cuyo nombre genera la unidad de una formación discursiva no tiene

⁴² LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. Op. Cit., p. 114.

⁴³ Ibidem

⁴⁴ Cf. LACLAU, E. y MOUFFE, C. 2015. *Hegemonía y estrategia socialista*. 2ª. Edición, Madrid, Fondo de cultura económica.

ninguna identidad positiva propia”⁴⁵. Entonces el nombre es ese *point de capiton*, así, recuerda también Laclau esta cita de Zizêk:

el *point de capiton* es más bien la palabra que, como palabra, en el nivel del significante mismo, unifica un determinado campo, constituye su identidad: es para decirlo de manera, la palabra a la cual las cosas mismas se refieren para reconocerse a sí mismas en su unidad⁴⁶

El nombre es entonces lo que unifica, pero que unifica unificando, “el cúmulo de “significantes flotantes”, de elementos protoideológicos, se estructura en un campo unificado mediante la intervención de un determinado “punto nodal” (el *point de capiton* lacaniano) que los “acolcha”, detiene su deslizamiento y fija su significado”⁴⁷. De este modo, el poder, pues aquí asistimos ya a su manifestación, se discute en interacciones cara a cara, en el discurso hablado, entre participantes con diferentes bagajes culturales y en los medios de comunicación masiva⁴⁸. De ahí, que el nombre es el encargado de la tarea de la concreción. Pero como tal, Laclau no se está refiriendo únicamente a un nombre como tal, sino a un nombre que representando lo abstracto es concreto. Eso que representa lo abstracto y es a su vez concreto, es el nombre del líder o el líder mismo. La explicación, en realidad, no es compleja ni mística, basta fijarse en que de Lenin, Perón, Chávez, Castro, Franco surge el leninista, el peronista, el chavista, el castrista, el franquista. Chávez es un nombre y un sujeto concreto, pero su significado, en cuanto nombre, está desplazado precisamente porque es un nombre que unifica al tiempo que vacía. Si una persona se declara chavista, de forma inmediata se entiende que sigue a Chávez, cierto, pero la distancia entre lo que Chávez es y piensa y lo que reconoce el chavista como chavista es la misma que entre el nombre y su vacío. Lo cual quiere decir que ser chavista no es algo concreto, sino más bien, y esto es novedoso en Laclau, que lo que hay entre Chávez y el chavista no es un juego teórico de significados, sino una relación de afecto. De ahí que:

El líder populista debe ser un «maestro de la palabra» por el manejo de un lenguaje y de una retórica que forman parte de la dramaturgia política. Una vez más, lleva al exceso las características del discurso político. Su lenguaje debe ser particularmente sencillo y comprensible, tanto más cuanto pretende erigirse contra el lenguaje estereotipado.⁴⁹

El líder, por tanto, es aquello concreto que representa la unidad. Es, por lo mismo, un concepto vacío que reúne a la vez todo y nada, es decir, todos los afectos y anhelos, pero ninguno en particular.

⁴⁵ LACLAU, E. 2016. *La razón populista*. Op. Cit., p. 134.

⁴⁶ Ibidem

⁴⁷ ZIZÊK, S. 2010. *El sublime objeto de la ideología*. 1ª ed. 2ª Re., Madrid, Siglo XXI, p. 125.

⁴⁸ Cf. FAIRCLOUGH, N. 1996. Language and power. In *Language and power* (pp. 43-76). Longman.

⁴⁹ CHARAUDEAU, P. 2009. *Reflexiones para el análisis del discurso populista*. *Discurso & Sociedad*, 3(2), p.264.

Respecto de las demandas que han originado el pueblo, encontramos que para el líder, tal eventualidad no es exactamente un problema. A diferencia del poder previo y al que, como se indicó, se había dejado de enviar demandas por ser considerado el “enemigo”, el nuevo poder encarnado (visión por demás cristiana) en el líder no está para que se le hagan demandas, ni tiene en su interés, al menos en principio, en atenderlas: “todas las demandas son equivalentes si hay alguien personal que las resuelve todas. Ese es el líder”⁵⁰. La teoría del populismo, de alguna manera, llega aquí a una paradoja.

Conclusión

Podemos afirmar que el pueblo se ha unido en torno a una serie de demandas particulares, que han devenido en una cadena equivalencial, que es una suerte de demandas de demandas y que hace cobrar al pueblo conciencia de sí, de su antagonista y de la crisis en cuyo terreno se mueven. También se ha especificado que el pueblo es un movimiento y que debe estar en movimiento⁵¹ si quiere seguir unido. De igual modo, pero no ya por un orden de construcción teórica sino por la lógica misma, lo particular se opone a lo universal. El resultado, es entonces, que el pueblo debe permanecer insatisfecho si quiere seguir siendo pueblo.

Respecto del líder, escribe Villacañas “este no resuelve las demandas de una en una, ni unas sí y otras no, sino que las resuelve todas”⁵². Pretender que pueda resolverlas todas es imposible debido al sobrecargo de peticiones de la sociedad pluralista al sistema democrático. Naturalmente, el líder no es Dios, ni puede chasquear los dedos y enderezar una situación. Es, más bien, una especie de Cristo Redentor, a saber, *outsider* y mártir. Que resuelve todas las demandas quiere decir exactamente que resuelve la demanda de demandas, esto es, la del afecto. La tarea del líder consiste en administrar el afecto. Lo cual se traduce en que la fijación del afecto es la fijación del sentido del discurso, de acolchar como decía Zizêk los significados, de dotar de esencia al movimiento del que él es su *point de capiton*⁵³.

Pero, en la lógica de su administración, del poder que concentra, no se concibe que resuelva demandas particulares. En principio, es una paradoja, pues si lo que había ocasionado el surgir del pueblo eran las demandas, por pequeñas que fuesen, al establecerse el populismo y su líder en el poder no se resuelven, o no se resuelven directamente. El líder no puede caer en la lógica del hacer concreto y particular, pues al hacerlo crea división, el

⁵⁰ VILLACAÑAS, J. L. 2017. *Populismo*. 2ª Ed. Madrid. La Huerta Grande, p. 75.

⁵¹ Este elemento es problemático dado que según había observado Hannah Arendt el totalitarismo es también un movimiento que no puede detenerse. Cfr. Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Vol. III. Alianza Editorial. Madrid, 2002.

⁵² VILLACAÑAS, J. L. 2017. *Populismo*. 2ª Ed. Madrid. La Huerta Grande, p. 76.

⁵³ Cf. ZIZÊK, S. 2010. *El sublime objeto de la ideología*. 1ª ed. 2ª Re., Madrid, Siglo XXI, 302 p.

pueblo deja de ser pueblo. De este modo, el líder lo resuelve todo sin resolver nada. Su misión es crear la representación de que el pueblo es un pueblo. Mientras crea la representación del pueblo él mismo es la representación del pueblo.

La crisis, tendría que volverse perenne si el pueblo quiere representarse a sí mismo como pueblo. El líder, al mismo tiempo, no puede resolver demandas, porque resolviéndolas iría acabando la crisis y con ello la unidad del pueblo. Tal explicación, de pronto, permitiría entender porque allí donde se instala un poder populista, parece que el pueblo se detiene arrobado y gozoso. Todo deberá seguir igual (de mal), por tanto, para que todo siga igual.



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº 101 – 2022 – 2 - MAYO - AGOSTO

Esta revista fue editada en formato digital y publicada en junio de 2022, por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org